

## Breve prólogo del autor

Tengo fotos de ella pegadas en las cuatro paredes de mi Cuchitril. Tengo las paredes empapeladas con recortes de su vida concernientes a las diferentes épocas y estilos. Recortes de prensa, entrevistas, informes médicos, folletos de asociaciones y técnicas de medicina alternativa. En un lado de la mesa tengo los piercings, los anzuelos, las pulseras de cadena de bici y de tenedor doblado, los anillos de tuerca y los muelles de somier; todos con su nombre grabado. En otro lado tengo el perfume Eau de Tania, el libro de poesías traducido a 15 idiomas, las muñecas según época y estilo, los restantes objetos del merchandising oficial y unas gafas de pasta con los cristales sin graduar. En la estantería he colocado varios álbumes de fotos de su infancia, una pila de revistas y fanzines donde apareció, una torre de libros de reclamaciones donde dejó su huella y su firma. También tengo su ordenador portátil, algunos cedés y deucedés con entrevistas en programas de radio y televisión, y grabaciones domésticas con familiares y amigos. Y, debajo del ventanuco, tengo su baúl de los recuerdos con sus Diarios, fotografías, recortes de periódicos y algunas prendas de lo más extravagante. Yo llevo puesta una camiseta de la colección «Tania con i®» con la silueta

de su rostro estampada y estoy sentado en su silla de minusválido con ruedas de mountain bike. Con ella me muevo de un sitio para otro para hojear tal o cual documento o ver tal o cual recorte o fotografía y, de paso, me ayuda a meterme en su pellejo.

Por el momento he descartado la güijja para hacerle una entrevista en *vivo* y en directo.

Encima de la pantalla de mi portátil, tengo un corcho con dos folios clavados:

—Una cartulina plastificada que me regaló el agente con los Diez Mandamientos de Robert McKee para escribir una novela clásica.

—Una hoja de libreta arrugada y pintarrajeada con el Decálogo de Vicente Verdú para escribir una novela moderna.

Ninguno de los dos dice cómo escribir una biografía: ni clásica ni moderna.

Resumir la vida de Tania con i<sup>®</sup> en una sinopsis resulta un ejercicio cognitivo tan incómodo e inusual como cortarte un dedo y pegártelo con cinta adhesiva.

Numerosas han sido las entrevistas e investigaciones en su entorno para reconstruir su vida; tanto en su pueblo, familia y amigos como en las asociaciones y colectivos en las que estuvo involucrada, siguiendo el mandamiento 6 o mandamiento proinvestigación del decálogo de Robert McKee: *Conocerás tu mundo como Dios conoce éste*, todavía más importante si cabe en una biografía. Asimismo, formé un focus group con sus amigos íntimos, dos de los psicólogos que la trataron, su Maestro de yoga, taichí y chikung, el sociólogo Raúl Burman, y el periodista

Emilio Nicolau, ambos de reconocido prestigio y expertos en el fenómeno Tania con i®. El objetivo no ha sido otro que crear un fondo común con el que, pese a contradicciones e incoherencias, dibujar un retrato robot de Tania; una imagen que no aspira a ser nítida y contrastada, sino desenfocada y cortada en mil pedazos que no llegarían a acoplarse ni aunque los fusionara con una soldadora. En total, 4 gigabytes de declaraciones grabadas con mi MP3 y almacenadas en mi USB, convenientemente clasificadas según periodo vital e informante. Algunos nombres aparecen en clave ante la negativa de los entrevistados de figurar en este libro. Su madre me facilitó los Diarios y el gran baúl con todos sus objetos personales, que me han servido de gran ayuda.

Cuando tuve toda la información recopilada consideré oportuno acudir a su tumba con un ramo de flores, en busca de la inspiración y la empatía necesarias para transcribir su paso por la Tierra de la manera más fidedigna.

*Hasta muertos consumís pinos y cemento y flores arrancadas. (TANiA CON i)*

*Los que hacen las revoluciones a medias no hacen más que cavar sus propias tumbas. (TANiA CON i)*

Y confieso que, pese al exhaustivo análisis de la cantidad de datos recopilados, todavía hay algunos pedazos del rompecabezas que no encajan ni aunque pase una apisonadora por encima. Por ello, me he tomado la licencia de rellenar algunos huecos indescifrables con suposiciones y conjeturas coherentes con el resto de información verídica. Aunque, por mucho que elucubre sobre ella, por más que intente describir

la esencia de Tania con i<sup>®</sup>, os haréis una idea que no se corresponderá totalmente con la realidad. La vida de Tania con i<sup>®</sup> fue *reminiosa, criptodeante e intrométrica*, como parir un bebé con una diarrea de huesos, músculos y vísceras sueltos y entremezclados y sin una piel que los recoja.

Esta biografía se sumará a la larga serie de productos del merchandising oficial de Tania con i<sup>®</sup>, celebridad convertida en icono generacional de los años 2000, del calado y la talla del Che, Madonna o Gandhi. Si estás leyendo estas líneas, este producto se habrá puesto a la venta y estará disponible en la mesa de novedades de su librería más cercana, en la sección de Tania con i<sup>®</sup> de su centro comercial o lista para descargar por internet previo pago directamente desde [www.taniaconi.com](http://www.taniaconi.com). Próximamente, en los mejores cines, se estrenará la película basada en este libro y se pondrá a la venta el videojuego para todas las plataformas.

(Cuchitril, 9 de mayo de 2010)

# I. NACiMiENTO, iNFANCIa Y ADOLESCENCIa

(1981-1998)

Ganchillo<sub>bar</sub>  
dominó<sub>vino</sub> verbena  
mecedora toros<sub>rosario</sub>  
virgen abuelo  
alpargatas<sub>escopeta</sub>  
garrota bolillos almendra  
esparto<sub>petardo</sub>  
botijo<sub>aperos</sub> tractor misa

PERIODISTA: Tania fue como un pingüino en el desierto quemándose a lo bonzo.

PSICÓLOGA: Tania fue como una central nuclear con goteras.

Os podría contar que Antonia (así se llamaba por aquel entonces) nació un 15 de febrero junto con su hermana gemela Ofelia, después de cuarenta semanas de gestación; que pesó dos kilos y setecientos gramos y midió cincuenta y cinco centímetros; que se parecía más a su padre que a su madre; que en el test de Apgar para neonatos no se encontró ninguna anomalía... De hecho, todo esto fue así. También podría proporcionaros más datos sobre su primera infancia: sus primeros balbuceos lingüísticos al año de edad, sus primeros pasos a los once meses, sus tres semanas de lactancia materna... Información que sería irrelevante y superflua para el propósito de la historia que nos concierne, de no ser por la inevitable obligación que siento de haceros ver cómo sus orígenes más remotos fueron increíblemente parecidos a los de todos nosotros. Sólo parecidos, pues ya durante su breve etapa perinatal, apuntaba algunos de los rasgos que serían característicos en su desarrollo posterior. Según el informe médico del nacimiento, la primera en salir, según su disposición en la placenta, iba a ser Ofelia, su semejante univitelina. Pero tras un largo forcejeo, Antonia consigue remontarla y salir pisándole la cabeza para tomar impulso.

OFELIA: La Antonia siempre quiso ser la primera en todo.

PSICÓLOGA: Tania no fue parida. Salió porque ella quiso.

Antonia siempre quiere probar las cosas por sí misma. Su vida es un experimento continuo; cuando su madre le aconseja, por ejemplo, no tocar los enchufes, ya está allí ella intentando meter un tenedor para ver por qué no debe hacerlo.

MADRE: La llevamos corriendo al hospital chamuscadita perdida. Aunque... después de aquel susto, no escarmentó. El demonio no flaquea por más veneno que trague y por más descargas eléctricas que sufra. Al contrario. Se hace más fuerte.

Las sensaciones de calor y frío también las descubre por su cuenta. Pronto aprende que tocar el fuego, el aceite hirviendo de la sartén, o los tubitos naranjas del radiador, no son cosas agradables.

OFELIA: No hacía caso a nada. El Vinagres tenía la correa más tiempo en la mano que en el pantalón.

MADRE: Ay qué cabezona era...

OFELIA: «Como te manches, cobras», «como te caigas, cobras», «como lo rompas, cobras»... le decía siempre el Vinagres. Ella nada, venga a cobrar.

Antonia se mancha, se cae, lo hace todo trizas y además cobra su bonus correspondiente, pero se lo

toma como un peaje en la aventura del saber y el descubrimiento. Antonia no se fía un pelo de nadie y tiene que verificar empíricamente las leyes del universo que le rodea, pese a que otros hubieran ganado varios premios Nobel estudiando el asunto.

En cierta ocasión, su madre le señala con el dedo un gran jarrón lleno de florecitas pintadas que hay en la entrada y la avisa muy seria con el dedo índice alzado de que nunca lo toque o se acabará rompiendo. Pero un autodidacta siempre quiere darle una explicación a lo desconocido, y comprobar las relaciones causa-efecto.

—¡Sa toto jarró, mare!

Comprende entonces que algunas cosas están hechas de otras más pequeñas.

Como os adelantaba, la infancia de Antonia Moreno siempre se muestra ligada a la autosuficiencia. «La nena pede» es su frase favorita y no acepta ayuda ni consejo, por obvio que resulte. Ofelia, por el contrario, aprende observando las tragedias que le ocurren a su doble, como si Antonia fuese una especialista en escenas de riesgo en una película holliwoodiense, aunque, más que especialista, es una auténtica ignorante.

OFELIA: La Antonia iba siempre dos pasos por delante. Qué tonta era la Antonia... sola pa dar la nota. El que sale en la foto se lleva siempre los tortazos. Orgullosa pero destrozá. Encima yo era tan buena que no me alegraba de sus cagadas. Y ella venga a insultarme. Menudo bicho.

PSICÓLOGA: La relación con su hermana fue una



simbiosis perfecta. Opuestas pero complementarias. Ofelia la dejaba hacer y ella le mostraba las vicisitudes del camino.

Ofelia siempre se muestra expectante ante la próxima travesura de Antonia y nunca se chiva a sus padres por miedo a represalias. Se limita a quedarse sentada contemplando, deleitándose con el incendio de la alfombra, observando con incertidumbre el experimento químico de la cocina, esperando con curiosidad las consecuencias de la ingesta de gel o viendo cómo las gallinas aguantan mientras les retuerce el cuello con sus suaves manitas.

OFELIA: La Antonia no paraba. No acababa de hacer una bien gorda cuando ya estaba haciendo otra todavía peor. Creo que le gustaba cabrear al Vinagres.

Según Dolores Fernández, el momento más conflictivo del día siempre llega a la hora de dormir. Para Antonia, dormir es igual a morir.

—No quiero morirme tan temprano, mami. ¡Estamos moriéndonos todos los días! ¡Es una aburrición!

OFELIA: Mi hermana dormía muy poco. Y siempre estaba de allá pacá. ¿Qué quieres que hiciéramos si tenía tanta energía? ¿Atarla?

PSICÓLOGO: Podría tratarse perfectamente de un TDAH. Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad e impulsividad.

—Cariño, Oso está cansado y tiene que dormir.

Si no te duermes, Oso no podrá dormir tampoco —le intenta convencer su madre.

—¡Tonta, no se llama Oso! —responde la pequeña Antonia.

El primer nombre que le pone a su osito de peluche es Pajarraco y, según Ofelia, no lo acaricia ni lo achucha cariñosamente sino que lo pellizca y le retuerce la cabeza durante toda la noche para que no se duerma.

OFELIA: Lo enganchaba del cuello y lo sacudía enérgicamente y le gritaba: «¡Pajarraco, no te mueras!».

—Mami, dile a la Antonia que el osito no se puede llamar Pajarraco, ¡si es un oso! —sugiere Ofelia con ojos cándidos y llenos de inocente lógica.

OFELIA: Cuando le discutías algo era peor porque era una cabezona rematá. Empezó a llamar a su osito «Pollo», «Conejo», «Perro»...

PSICÓLOGO: Se puede decir que fue un antecedente de su futuro cambio de nombre.

—No quiero morir con más bichos muedtos en mi cama —dice mientras tira su osito Conejo al suelo y pataleando y revolviendo sábana y edredón—. Quiero dormir con la Antonia —dice refiriéndose a su hermana Ofelia—. ¡Antonia, súbete a morirte a mi cama!

—No cariño, que la pellizcas y no la dejas dormir —dice la madre.

—¡No la pellihco! ¡Antonia, súbete a mi cama! ¡Hoy seres mi Pajarraco!

—Joo, mami, dile que no me diga Pajarraco.

Ofelia utiliza a su madre de intermediaria para hacerle llegar a Antonia su parecer sobre sus múltiples ocurrencias. Evita el enfrentamiento directo después del sobresalto espantoso de la noche de «la dormitera».

OFELIA: Siempre que mi madre veía a Choped, Bicicleta o Blancanieves en el suelo, lo cogía y lo volvía a meter en la cama de Antonia y lo arrojaba. Pero no podías llevarle la contraria o te la armaba. Ya te digo. Una noche, mi madre le metió al osito por tercera vez y la Antonia empezó a subirse todos los juguetes que había en la habitación a su cama y los metió debajo de las sábanas. Cuando se movía encima mía, aquello parecía una chatarrería.

Durante su infancia, Antonia no siente esa penetración ni esa conexión afectiva que sienten los hermanos gemelos. Antonia quiere ser única e irrepetible, y monta en cólera cuando su madre las viste a las dos iguales.

A los cuatro años, encierra a Ofelia en el baúl de los juguetes bajo llave, para que, al gritar abracadabra, desaparezca sin dejar rastro.

Pese a sus esfuerzos exterminadores, su vivo reflejo sigue ahí imperturbable cuando se despierta todas las mañanas para ir al cole. Durante una temporada, Antonia llama a su hermana «Antonia», para hacerle saber que es una simple copia, y que ella es la original. Ofelia no se irrita lo más mínimo, y siempre juega sola, indiferente ante los insultos e intentos de vejación. Cuando Antonia acapara los juguetes

más sofisticados, Ofelia se las apaña en el patio de la casa con cualquier objeto que tenga a mano: ladrillos, tacos de madera, piedras, tejas, con cualquier escombros sobrante, simulando recién nacidos, bellas princesas y apuestos príncipes en sus castillos encantados correspondientes.

MADRE: ¿Mi Ofelia? Pobrecita mía. Jugaba con lo que hubiera dejado libre la otra. Si la Antonia le quitaba un juguete, cogía otro, y si no había juguetes, se ponía a pintar en un folio en un rincón. ¡Era más buena...!

En el colegio, por el contrario, Antonia no da problemas y pasa desapercibida entre las demás compañeras.

JULIA CANO (PROFESORA DE PREESCOLAR): Deja que te corrija, chico. Hasta que se nos ocurrió separar las mesas de las gemelas, Antonia había sumido a la clase entera en un caos que ni te imaginas. Entonces pusimos a cada una en una punta del aula e intentábamos que en el recreo no coincidieran.

ENCARNA CEREZO (PROFESORA DE 1º DE EGB): No sé, hace tantos años... déjame que piense. A ver, recuerdo vagamente que tenía un conflicto con los verbos irregulares. Sí, era bastante llamativo.

JULIA CANO: ¿Que si intenté corregirla? Continuamente, hasta que acabó con mi paciencia y la dejé a su aire. Era una tarea imposible.

OFELIA: Yo no le regañaba nunca. Era más buena que na. Pero una vez, por fin, me harté cuando la

Antonia se empeñaba en llamar «dormitera» a la litera. «¡No se dice dormitera!», le dije muy cabreado, con más razón que un santo, mientras mi madre nos ponía un pijama distinto a cada una porque la muy idiota odiaba que nos pusiera la misma ropa. A las 4 de la madrugada se bajó de su *dormitera* y se tiró encima mía gritándome en el oído: «¡Se dice dormitera!». Después de aquel sustazo nunca más le volví a llevar la contraria. Era una marimandona. Le tenía que haber arreado un buen tortazo para quitarle la tontería. ¿Por qué no se lo di?

**De:** mguinart@aural.es

**Para:** gruno82@xmail.com

**Asunto:** Plazo

Le recordamos que debe enviarnos el primer capítulo el día 13 de febrero. Los capítulos siguientes deberán entregarse sucesivamente cada dos semanas. Esperamos que no tenga ningún problema para cumplir los plazos. No contamos con mucho tiempo. Un cordial saludo,

El editor

Exceptuando la problemática del habla y la animosidad recalcitrante hacia su copia genética, la niñez de Antonia Moreno en su pueblo es bastante corriente. Se reduce a ir de su casa al colegio, del colegio a su casa, y los domingos, de su casa a misa y de misa a su casa. Su adolescencia temprana tampoco se desvía de la norma: los típicos cortes con cúter para producirse placer, la típica anorexia acompa-

ñada a menudo de bulimia, los típicos intentos de suicidio prematuros para experimentar cosas nuevas, el chorro a presión de la ducha sobre su clítoris como mejor método de masturbación o el desvirgue con consolador como muestra de independencia y autosuficiencia, tan propios en esta edad. LaToñi-LaLoliYLaRaquel, amigas del pueblecillo, dan fe de estos episodios madurativos de transición hacia la vida adulta.

LA TOÑI LA LOLI Y LA RAQUEL: La Antonia no se cortaba un pelo en contarnos sus cosas. Era muy bruta. Sabíamos que triunfaría. Se la veía venir. La Antonia tenía que dejarnos atrás y echar a volar como los aviones. No la culpamos por darnos la espalda y avergonzarse de nosotras. Ni nos miraba cuando venía de la ciudad. Las estrellas son así, inalcanzables. ¿A que sí?

Respecto al clima que se respira en la familia, he de decir que no está exento de disputas y desavenencias intergeneracionales. Las continuas discusiones entre la madre y Antonia, Antonia y Ofelia, Ofelia y la madre, y las dos gemelas a la vez contra la madre, son cortadas de raíz por el fuerte carácter del padre, que aumenta varios peldaños cuando se quita la correa. Al parecer, el padre, albañil de profesión, es un hombre hosco y rudo en exceso, y sobre todo, con un sentido del humor que raya lo amargo. Según me cuenta Dolores Fernández, su marido nunca quiso tener hijos, y mucho menos, dos de golpe, y mucho menos, dos hijas, y muchísimo menos, dos hijas de golpe y porrazo. El Vinagres no llega a distinguirlas

nunca, pero tampoco hace el más mínimo esfuerzo por conseguir diferenciarlas.

OFELIA: ¿Que cómo nos diferenciaba? Nos llamaba Gertrudis a las dos... Yo no le hacía caso pero Antonia se rebotaba...

Podría parecer una broma sana e inocente en tono cariñoso si no dispusiéramos de más datos. Pero dispongo de más datos.

OFELIA: Nos ponía a las dos juntas, y, apuntándonos con la escopeta de caza, jugaba a «pito pito gorgorito dónde vas tú tan bonito a la era verdadera, pin, pon, fuera» para eliminar a una de las dos. Tenía que haberse cargao a la Antonia. ¿Que por qué? Nos hubiera ahorrao muchas pesambres.

MADRE: Tampoco creo que fuera un crimen. Las niñas se lo tomaban a juego y se lo pasaban bomba. Era el único momento en que jugaba con las niñas. No. ¡Qué va! No estaba cargada.

OFELIA: ¿Que no estaba cargada? ¡Si metía los cartuchos delante nuestra! Será que no se oía el clic. Era lo que le daba emoción. Eso y el olor a vino que traía de los bares. Cuando le tocaba a una de nosotras morirse, la otra intentaba convencerlo chillándole en el oído: «Mátala papá, mátala».

Para que una familia esté completa, es imprescindible el fotogénico y cariñoso animal de compañía. Los Moreno Fernández llevan esta premisa hasta sus últimas consecuencias. La democracia, para disgusto del Vinagres, ha llegado vía televisiva a todos los ho-

gares y la conciencizada madre bien se ha encargado de inculcarla y promoverla. El debate sobre el apadrinamiento de un cuadrúpedo es apasionado e intenso. Las niñas, gracias a la publicidad entusiasta y persuasiva de la madre, están cegadas con la idea de tener un peluche vivo con el que jugar. El Vinagres está radicalmente en contra, y no suelta ni un instante su escopeta de caza mientras se discute el asunto. La abuela teme que con la llegada del animal, se olviden más de ella si cabe, por lo que anuncia de antemano que votará en contra.

SACRAMENTOS CÁRCELES (ABUELA DE TANIA):  
¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Quién es MalasPulgas? ¿Perros? Mira lo que te digo... Ni me los mientes hijo, ni me los mientes.

La oposición del padre, cuya argumentación se reduce a «lo rocío de gasoil y le prendo fuego», es en vano. Votan a mano alzada, y la madre, con una sonrisa victoriosa, hace el recuento mientras el Vinagres recarga el rifle.

MADRE: Que no la tenía cargadaaaa... La llevaba siempre consigo como un amuleto, como una pipa de fumar o un bastón.

OFELIA: ¿Me tomas por loca, tío? Copia en tu libreta lo que quieras, pero yo siempre oía un clic bien gordo cuando recargaba la escopeta.

Si los niños son esponjas que absorben la influencia paterna, los perros son directamente el fiel reflejo de



sus amos. MalasPulgas (así lo llaman, acertando de pleno) no puede ser un animal gracioso y humilde. Su raza, fosterrier, no es la más idónea para el núcleo familiar en cuestión: una raza soberbia, retorcida, desafiante y con el glamour engreído y altivo de la aristocracia francesa perruna. Y los Moreno Fernández son un cóctel molotov burbujeante y corrosivo para el verde e inocente cerebro sin desarrollar de MalasPulgas. Pronto, la fatídica mezcla de ignorancia criadora y temperamento fosterrier dan sus frutos. MalasPulgas ladra a todas horas, incluso mientras come o roe algún hueso, lo que se traduce en numerosos atragantamientos y en una acumulación de gases que aumentan aun más los decibelios de su ira. Se pelea continuamente con objetos inertes y hasta le beorea a su propia sombra. Si dormita o está espatarrado en su nido de cojines, relajado y descansando, su gruñido rabioso radia perenne la banda sonora de la casa, a falta de hilo musical, hasta su último rincón. Cuando se pone especialmente irascible, lo arrastran con la correa al parque más cercano para que se desfogue.

OFELIA: ¿Mi MalasPulgas? Qué gracia que tenía el condena... Al soltarlo, se disparaba como un rayo hacia los aspersores del jardín y le ladraba al agua como un loco intentando morder el chorro.

MADRE: Me tenía negra el chucho, pero lo habíamos comprado y teníamos que cuidarlo y darle cariño.

OFELIA: Cuando sus ladridos y aullidos se volvían insoportables, teníamos que montar una barricada alrededor del MalasPulgas porque mi padre cogía la escopeta y apuntaba esperando tenerlo a tiro.

La supuesta hegemonía del padre flaquea la mañana en que se precipita del andamio, y un rastrillo que yace con las púas metálicas bien erectas y afiladas, le atraviesa la médula espinal.

JUSTINO CARRASCO (TRABAJADOR DE LA CONSTRUCCIÓN): Joven, aquí las cosas se hacen a nuestra manera. Esto no es la *ciudad*. ¿Para qué nos vamos a poner el casco o los arneses de seguridad en construcciones de dos plantas? Si se escalabró fue porque Dios lo quiso. ¿Te ha quedao claro, hijo?

El Vinagres se mata de cintura para abajo y su mitad sobreviviente está condenada a pilotar una flamante silla de ruedas de por vida. A partir de entonces, si bien su carácter se retuerce hacia la acritud más doliente, su mordacidad escabrosa ya no impone ni la mitad de respeto que antes. Con un simple giro de la silla hacia otro lado es doblegado implacablemente. Es entonces cuando Antonia comienza a llamarlo «Don Vinagres» cada vez que las deleita con su sarcasmo corrosivo habitual. Las bromas y caballitos cogiendo la silla por detrás y levantándola sobre dos ruedas no se hacen esperar. Y los divertidos ademanes de «te tiro por las escaleras, papi» con las dos ruedas traseras al borde del primer peldaño, se vuelven irresistibles. El intento de suicidio de Don Vinagres el 2 de diciembre de 1997, al despeñarse voluntariamente escaleras abajo hacia el sótano, no hace sino agravar su estado. La estantería con aperos, cacerolas y botes de conserva que se le viene encima exacerba las heridas y lesiones tras el impacto. A Don

Vinagres le vendan como una momia egipcia, según el parte médico que tengo delante, aunque sus ojos, todavía móviles e inyectados en sangre, sugieren la presencia de vida bajo la aparatosa armadura de venda y escayola.

OFELIA: No te cuento más na... A ver si te vas a creer que a mi hermana se le escapó la silla en uno de sus caballitos. Bueno, y si lo hizo, ¿qué?